

EL NUEVO HORIZONTE DEL SOCIALISMO CHILENO.

(Documento Programático del XXV Congreso del Partido Socialista de Chile.)

I. VIGENCIA Y SENTIDO DEL SOCIALISMO.

El Socialismo lucha por la libertad, la igualdad y la justicia, y en consecuencia contra toda forma de privilegio. Estos valores expresan su radical compromiso con la democracia.

El Partido Socialista sustenta como valor inalienable la libertad del individuo, sólo sujeta a las exigencias de respeto a sus congéneres, a las necesidades comunes de solidaridad social, de justicia, de igualdad social y convivencia pacífica entre las personas y los pueblos.

El socialismo pretende alcanzar una organización social de pleno respeto a estos valores, teniendo siempre presente, en el primer lugar de su quehacer, la preocupación por el hombre concreto, cualquiera sea su condición de género, edad, raza o nacionalidad y respeta las creencias religiosas de cada cual y su libre ejercicio.

La persistencia de las desigualdades que caracterizan al sistema capitalista, discriminando las oportunidades de los individuos en su inserción en la sociedad, le da permanencia a nuestra lucha. Por ello, el humanismo que compromete nuestra razón de ser, es aquel que arranca de un compromiso por la justicia, que abomina de las desigualdades existentes y que se funde en la reivindicación de una vida más bella y digna.

Para nosotros sigue vigente la necesidad del cambio social, aún cuando hoy no consideremos que éste provenga de un destino ineluctable como lo vaticinó el esquema prevaleciente durante muchos años en el movimiento socialista mundial. No existe un curso lineal de la historia, ni tampoco el futuro se programa de acuerdo a un plan preconcebido. Son los hombres y mujeres los que forjan su propio destino y el de la sociedad en que viven. La voluntad de los socialistas es el cambio social con vista a la configuración de una sociedad democrática, pluralista, justa y libertaria, que supere el capitalismo.

Nuestro pensamiento debe servir para alcanzar la justicia social en democracia. No se propone cambiar un dogma por otro, y por ello debe ser abierto, libre de prejuicios y profundamente crítico de la sociedad y de sí mismo.

El socialismo debe ser concebido como un proceso para favorecer la libertad de cada ser humano, superar las desigualdades, socializar el poder, ejercer el control democrático de la economía y las instituciones, y generar condiciones materiales, sociales y culturales para que la gente pueda, libre y solidariamente, decidir sobre su vida y el futuro de la sociedad.

El proyecto socialista asume la lucha de los explotados, los oprimidos, los excluidos y los dominados. Pero, además, pretende representar al conjunto de la sociedad, ya que su propuesta es también liberadora de todos aquellos que fundan su vida en la acumulación de riquezas materiales y en la demanda incesante de bienes de consumo suntuario. El socialismo democrático chileno es la propuesta más válida de superación de los desafíos de nuestra sociedad, y el horizonte de mayor esperanza para todos los que aspiran a condiciones más humanas de vida. Es, en consecuencia, un proyecto de carácter nacional.

Reconocemos que el pensamiento socialista democrático se ha visto enriquecido no solo por su experiencia práctica, a nivel local y mundial, sino por la valoración de distintas corrientes intelectuales que se incorporan a su cuerpo doctrinario. Desde luego, seguimos asumiendo la crítica al sistema capitalista proveniente del marxismo. Pero, recogemos con la misma fuerza, toda la tradición del liberalismo político, así como las concepciones del humanismo laico y los principios éticos provenientes de la tradición cristiana y la vocación transformadora del cristianismo popular. El patrimonio y la propuesta socialista no se limita a ninguna de estas corrientes doctrinarias, reconociendo el aporte de cada una y el espacio para todas ellas en la conformación de un movimiento plural, que tiene como horizonte los principios de la igualdad, la libertad, la solidaridad y la autorrealización de los seres humanos.

II. LOS SOCIALISTAS Y LA DEMOCRACIA.

Los socialistas chilenos reafirmamos nuestro compromiso con la democracia, al cual hemos sido fieles a lo largo de toda nuestra historia y declaramos su valor permanente en la lucha por la justicia social.

La democracia debe cristalizar en un Estado de plena vigencia de los derechos ciudadanos y las libertades públicas, descentralizado, participativo, eficiente y transparente, con un régimen político equilibrado y con capacidad de incorporar a la división clásica de los tres poderes, nuevas instituciones públicas autónomas como la del Defensor del Pueblo.

Dicho Estado debe garantizar la existencia de un sistema político basado en el sufragio libre, secreto e informado; la representación proporcional de mayorías y

minorías, la revocabilidad de las decisiones por voluntad de la soberanía popular y la efectiva posibilidad de la alternancia como principio en el acceso al gobierno.

La participación democrática del ciudadano debe extenderse más allá del sufragio, con una participación directa en el debate de los asuntos públicos, y mediante consultas plebiscitarias para la generación de decisiones de amplia legitimidad democrática. Esta participación supone un grado de información suficiente, que asegure que el ejercicio de los derechos democráticos sea efectivo, lo que implica elevar el nivel educativo y cultural general de la ciudadanía.

Asimismo, el Estado debe asegurar canales efectivos de participación que posibiliten a la comunidad expresar, a través de sus organizaciones, sus objetivos, intereses y demandas.

La radicalidad democrática del socialismo recoge como esencial en su propuesta la equidad de género y el término de toda discriminación contra la mujer. Aún cuando la presencia del tema ha aumentado considerablemente en el mundo, la condición de subordinación aún subsiste. Así lo demuestra, entre otras cosas, la subrepresentación de la mujer en las instancias decisorias de la política. Sin igualdad de género no hay democracia.

III. LA CONTRIBUCION DEL SOCIALISMO A LA HISTORIA DE CHILE.

El partido socialista es heredero de las luchas históricas del pueblo chileno por la libertad y la justicia. Reivindica así, las luchas del pueblo mapuche, de O'Higgins, Carrera, Manuel Rodríguez y Portales; de Arcos y Bilbao; de Recabarren y Clotario Blest. En especial, es heredero de Salvador Allende y su propuesta de conjugar socialismo y democracia, libertad e igualdad.

La fundación del Partido Socialista ofreció a los trabajadores manuales e intelectuales de Chile un instrumento político para transformar la estructura económica y social del país en beneficio de la grandes mayorías.

En el mundo bipolar que se construyó a partir de la segunda guerra mundial, el socialismo chileno rechazó la implantación de un poder despótico en la ex-Unión Soviética, así como la sostenida intromisión de ésta y de los Estados Unidos en los asuntos propios de otras naciones. Ello fundamenta los postulados de autonomía del PSC'H frente a los dos bloques en pugna, y su compromiso latinoamericanista, inspirado en la tradición bolivariana.

El Partido Socialista y el conjunto de las fuerzas políticas progresistas han desarrollado un aporte indiscutible a la modernización de Chile. Los socialistas chilenos siempre hemos vinculado estrechamente el crecimiento económico, el desarrollo social y la democratización de la vida política. Desde la conformación de los gobiernos de Frente Popular, hasta la ascensión al poder de la Concertación, pasando por la experiencia liderada por Salvador Allende, nuestro pensamiento y accionar político se ha inscrito en las grandes luchas por la ampliación de la democracia; en favor del fortalecimiento del movimiento sindical y de las leyes laborales que amparan sus derechos; el voto a la mujer, a los analfabetos y a los jóvenes; y el reconocimiento de la centralidad del trabajo como aporte fundamental al desarrollo del país.

Además de estas realizaciones sociales y de la lucha por la ampliación de las libertades públicas, fueron los sectores progresistas de Chile quienes, mediante la CORFO, y ante la debilidad del empresariado nacional, impulsaron la formación de las industrias básicas como la energía eléctrica, el acero, el petróleo, el azúcar y la pesca, y dotaron al país de una infraestructura básica. Asimismo, la reforma agraria y la

nacionalización del cobre representaron transformaciones fundamentales para el desarrollo posterior de una agricultura exportadora moderna, y para la afirmación de la soberanía nacional sobre los recursos mineros.

Es por ello que podemos afirmar con certeza que la presencia del socialismo está ligada íntimamente a la modernización de Chile.

El triunfo de Salvador Allende, a través de un proceso electoral limpio y encuadrado en la institucionalidad democrática, concretó las aspiraciones que por décadas se plantearon los trabajadores chilenos. Ello, cuando en otras latitudes la radicalización del cambio postulaba la transformación social a través de la protesta o de la lucha armada. El triunfo electoral de la Unidad Popular expresó el signo de los tiempos y el de nuestra propia historia, dando lugar a un proceso inédito, que abrió paso a nuevas reflexiones en la izquierda progresista.

La Unidad Popular se vio enfrentada a una implacable oposición, a acciones de boicot y sabotaje impulsados por el imperialismo norteamericano, lo que junto a sus propios errores, impidió plasmar la riqueza de sus planteamientos en un proyecto viable, una estrategia coherente y una alianza social y política mayoritaria. La división de los sectores sociales y políticos de centro e izquierda generó una polarización que facilitó el golpe de Estado convocado por las fuerzas reaccionarias.

IV. EL CAMBIO DE EPOCA

La afirmación de nuestra identidad, la recuperación y defensa intransigente de los valores del socialismo, y la prefiguración de la sociedad a que aspiramos, debemos hacerla asumiendo una revisión crítica de los desafíos del mundo que enfrentamos.

La Declaración de Principios de 1933 y el Programa de 1947 acompañaron las luchas del pueblo chileno por largas décadas, respondiendo a una época de auge nacional y popular en los cinco continentes, y a la división del mundo en dos bloques. La emergencia de los gobiernos de Reagan y Thatcher en el capitalismo anglosajón, así como la debacle del socialismo real, simbolizan dramáticamente el inicio de un nuevo período histórico para la humanidad, que plantea a los socialistas nuevos desafíos.

La caída del "socialismo real", a fines de los ochenta, representa la culminación del fracaso histórico de una economía y un sistema político que agotó sus energías en el funcionamiento de la industria pesada y bélica, que no respetó las necesidades de consumo de la población y despolitizó a sus ciudadanos, al restarle el inalienable derecho a las libertades públicas.

Por otra parte, quedó en evidencia que la "crisis final" del capitalismo, anunciada sistemáticamente por teóricos y políticos de la izquierda, había sido una caracterización manifiestamente voluntarista. La crisis del capitalismo pudo ser enfrentada mediante la redefinición de sus patrones productivos sobre la base de nuevas tecnologías, y mediante la restricción fiscal y el ajuste radical del Estado del Bienestar. Ello cuestionó las diversas variantes de "estados del bienestar", incluidas las experiencias socialdemócratas europeas.

El mundo se encuentra en las postrimerías del Siglo XX inmerso en una profunda transformación histórica. Hoy se puede hablar de un capitalismo post-industrial e informatizado que ha profundizado su alcance global. Sin embargo, estas particularidades no han modificado la esencia del mismo. De este modo, sólo nos encontramos ante un nuevo período del capitalismo: sólido en lo económico y con iniciativa en lo ideológico.

Una vertiginosa revolución científico-técnica ha modificado las formas de producción y el propio funcionamiento de la economía internacional.

En los países desarrollados ello se manifiesta en el creciente predominio de la producción automatizada, en la aplicación de la informática en todos los procesos productivos, en el mayor peso del conocimiento en la vida económica y social, y en nuevas formas de organización al interior de las empresas.

El paso del capitalismo industrial al capitalismo informatizado ha modificado profundamente la estructura económico social: la disminución del peso de la clase obrera en los procesos productivos, el crecimiento del sector servicios y una menor capacidad negociadora de los sindicatos.

El rasgo principal que define esta mutación histórica en desarrollo es la globalización de la vida en el planeta en sus múltiples dimensiones: sociales, económicas, políticas y culturales. La internacionalización de la economía, la interpenetración de los fenómenos políticos de todos los países y la mundialización de las corrientes culturales y sus conflictos, imponen su sello al mundo contemporáneo.

La vertiginosa revolución científico-técnica, y especialmente su componente informático y comunicacional, ha producido un acelerado proceso de globalización cultural que implica grandes oportunidades de conocimiento mutuo y de ensanchamiento de los horizontes de la humanidad. Sin embargo, conlleva amenazas considerables en lo que se refiere a la preservación y el desarrollo de la diversidad cultural, que es parte fundamental del patrimonio de la humanidad. Asimismo, conlleva una influencia abrumadora del poder económico en la formación de opiniones políticas, actitudes sociales, patrones de comportamiento y de consumo, y el desarrollo de una ingeniería de control social de origen corporativo.

La época actual incluye procesos contradictorios en pleno desarrollo. Mientras el ciclo tecnológico puede liberar al hombre de trabajos rutinarios y dejarle tiempo libre para el desarrollo de toda su creatividad, no existen los mecanismos para orientar estas potencialidades en favor de la calidad de vida de la población. Aquel genera altos niveles de desempleo estructural que la propia economía capitalista es incapaz de resolver.

La relocalización de los procesos industriales en los países periféricos, si bien permite a éstos alcanzar tasas de crecimiento importantes, relocaliza también el deterioro ambiental y revive los patrones de explotación propios del antiguo mundo industrial.

El vértigo del patrón consumista, ofrecido a través de las comunicaciones globales, genera frustraciones traumáticas en aquellos sectores que no pueden acceder a ese tipo de consumo. De tal manera, la defensa de las identidades y raíces nacionales le entrega al Estado responsabilidades inéditas en esta época de globalización.

La familia también sufre modificaciones en la sociedad postindustrial y en el mundo globalizado. Hoy predomina la familia pequeña, nuclear, urbana, con variedad de vínculos.

Nuestra visión de la libertad debe asumir estas nuevas realidades, respetarlas y otorgarles el reconocimiento social y legal que ellas precisan.

La renovación y fortalecimiento del pensamiento socialista pasa por la comprensión de la nueva época y, al mismo tiempo, por el esclarecimiento de sus contradicciones, especialmente de aquellas que afectan al mundo popular y a sus economías y culturas nacionales.

En esta época, la política internacional se perfila con nuevos contenidos. El fin del bipolarismo, proyecta a los EE.UU. con un nuevo rol en el panorama mundial. Este actúa sin contrapesos en los asuntos mundiales. No puede aceptarse una globalización que se constituya simplemente en una proyección del interés de una potencia dominante. Por ello la afirmación nacional y la fortaleza del Estado no deben entenderse como pasados de moda.

El término de la bipolaridad ha dado lugar a la emergencia de nuevas tendencias en el terreno del armamentismo y el desarme. De un lado estallan múltiples conflictos bélicos locales y, de otro, desaparecen los fantasmas ideológicos y se crean condiciones para una reducción drástica del armamentismo. Por ello, los socialistas chilenos impulsamos con decisión la acción de instituciones que creen y desarrollen las condiciones de paz en todos los rincones del planeta, y abogamos por el desarme de las naciones para elevar a nuevos y superiores niveles la convivencia civilizada de los seres humanos.

Al mismo tiempo, los recursos tecnológicos disponibles amplían el potencial para una educación permanente, más diversificada, más efectiva, más flexible e informal.

El término de los regímenes dictatoriales en los países del este, y en la mayor parte de los países del Tercer Mundo, ha producido la extensión casi universal de la democracia y de los derechos humanos. Se ha afirmado una conciencia muy vasta acerca del valor esencial del respeto a la persona humana y sus derechos fundamentales. Parte de esa conciencia se construyó gracias al movimiento de solidaridad con Chile, que recorrió los cinco continentes. Por ello, el compromiso del socialismo chileno con la causa de los Derechos Humanos es parte esencial, insustituible e inmutable de nuestro ser partidario.

V. NUESTRO BLOQUE POLITICO Y SOCIAL POR LOS CAMBIOS.

La larga lucha para terminar con la dictadura convocó a las más amplias fuerzas sociales y políticas, materializando el triunfo del NO en el plebiscito de 1988 y la conquista con del gobierno con el presidente Aylwin en marzo de 1990. Se reunió así al bloque histórico de las fuerzas políticas y sociales que impulsaron las causas progresistas en Chile durante el Siglo XX: socialistas, demócratacristianos y radicales.

Por ello, para los socialistas la Concertación de Partidos por la Democracia es una alianza estratégica, cuyo propósito es la modernización integral del país. Para los socialistas no hay alianzas alternativas a la Concertación. El desarrollo de la democracia y su estabilidad de largo plazo sólo son posibles en Chile con la Concertación. Con ella podemos cumplir nuestra tarea de hacer de Chile un país desarrollado y justo en esta generación.

Este es el fundamento político de la Concertación de Partidos por la Democracia, como la única fuerza capaz de proporcionar desarrollo social y equidad a Chile y darle viabilidad estratégica a su democracia.

La Concertación ha sido capaz de producir el período de mayor prosperidad y estabilidad de que se tenga memoria en el país. En ninguna década anterior la economía ha crecido al ritmo promedio que está logrando en la década de los noventa y nunca antes logró una situación de estabilidad económica, social y política comparable. También ha sido capaz de devolverle al país un clima de libertad ciudadana y de tranquilidad y estabilidad institucional, a pesar de los obstáculos y problemas heredados de la dictadura militar. Esto implica una gran oportunidad histórica que debemos aprovechar para abordar los grandes temas pendientes de la transición, la profundización de la democracia y la redistribución.

Los socialistas, junto a todos los partidos de la Concertación aceptaron una estrategia de transición gradual hacia la democracia. La estrategia adoptada probó su justeza al permitir la ampliación de los espacios políticos, así como la reposición de los principales poderes democráticos representativos del Estado, en particular la Presidencia de la República y el Parlamento. No obstante, es preciso reconocer que no ha sido posible materializar plenamente las aspiraciones ciudadanas democráticas debido a que sobreviven enclaves autoritarios al interior del sistema político.

En este marco, la consolidación de la Concertación resulta fundamental, tanto para asegurar una mayoría nacional que pueda culminar una transición inconclusa, así como para avanzar hacia una sociedad en que primen la justicia y la equidad.

Por otro lado, se requiere una decidida actitud de los socialistas tendiente a fortalecer la Concertación en la base, afianzando la unidad social y política de las fuerzas progresistas. Ello es esencial para reconstituir y dinamizar la participación del pueblo, con el objeto que su presencia y respaldo a las tareas democráticas contrarreste la influencia de los poderes fácticos.

También es fundamental asumir plenamente nuestra condición de Partido de Gobierno. Ello, realizando todos los esfuerzos necesarios para que las energías provenientes del mundo popular se concreten y articulen en un programa de democracia y cambio que atienda las dramáticas urgencias, que genera una sociedad con una distribución del ingreso muy desigual y con tendencias concentradoras y excluyentes.

Los méritos históricos de los cuales el país se enorgullece nos pertenecen a todos. El conjunto de las fuerzas progresistas han bregado, estrechamente unidos, por la estabilidad democrática asumiendo sus beneficios y limitaciones. No corresponde que

haya pretensiones sectarias ni hegemónicas que se arroguen los méritos que son propiedad de toda la Concertación y que, más allá de ella, constituyen un patrimonio histórico de toda la nación.

Somos concertacionistas, porque tenemos una vocación esencial: darle a Chile una democracia que permita a los trabajadores chilenos, especialmente a los más desposeídos, y a todos los habitantes del país, una vida más digna, libre y feliz.

VI. EL PARTIDO SOCIALISTA QUE CHILE NECESITA.

La necesaria renovación de las formas orgánicas del partido para hacer de él un instrumento idóneo para impulsar el cambio social, supone hacerse cargo de las críticas que han emergido contra los partidos políticos, que aluden a las deformaciones que han experimentado, tanto en las sociedades democráticas occidentales, como en aquellas que se dicen inspiradas en los ideales socialistas.

Dichas deformaciones, en su esencia, consisten en el olvido del carácter instrumental de los partidos al servicio de la sociedad, olvido que los ha llevado a convertirse en entidades que se comportan como si fuesen un fin en sí mismas, al servicio de su propio desarrollo y reproducción.

Este proceso degenerativo se traduce en que los partidos devienen en medios al servicio del ascenso social, económico y político de sus integrantes y dirigentes, generando un clima proclive al desarrollo de prácticas corruptas.

Esta inclinación perversa se relaciona con la tendencia a manipular a las organizaciones sociales en provecho de finalidades estrictamente partidistas, y con la

tendencia de estas últimas de servirse del partido como herramienta para hacer prevalecer sus intereses corporativos.

Surge así, el tipo de partido "clientelista", en que el esfuerzo por mantener y cultivar una clientela política y electoral pasa a ser su tarea principal, con prescindencia de su finalidad de servicio público y de agente de intereses colectivos.

Estas deformaciones se refuerzan con la conformación en su seno de verdaderas oligarquías internas, que limitan la participación democrática del conjunto de sus miembros y simpatizantes en la determinación de sus políticas y la designación de sus dirigentes.

Por otra parte, la inercia social hace que subsistan formas orgánicas del partido que nacieron en contextos sociales del todo diferentes a lo que hoy constituye el escenario político, y que precisan ser reemplazadas por estructuras abiertas, flexibles y democráticas, funcionales a las condiciones sociales prevalecientes hoy día.

En consecuencia, el proceso de renovación partidaria en el nivel orgánico debe inspirarse en las siguientes orientaciones:

i. Apertura hacia la sociedad. Hay que abrir el partido hacia el entorno social, superando la abrupta distinción que hoy separa al mundo de los que están adentro del partido del mundo de los que están fuera de él.

Esta nueva actitud aperturista debe traducirse en que los afectos la causa socialista puedan optar por diferentes grados de compromiso orgánico con el partido, procurando que ellos reflejen la naturaleza concreta de su adhesión. El partido no sólo debe accionar con quienes tienen con él un compromiso orgánico, sino también, con

todas aquellas personas o instituciones que en algún aspecto puedan contribuir a la realización de su política.

ii. *Flexibilización organizativa. Una adecuada inserción del partido en el entorno social exige una adaptación de su estructura y de sus organismos de base a la naturaleza del medio en que se desenvuelve la actividad partidaria. En vez de un modelo único de estructura y de organismo de base válido para todo tiempo y lugar, deben crearse nuevas formas orgánicas que desde la base hasta la dirección respondan a los requerimientos concretos del ámbito social en que se opera.*

iii. *Democratización de la vida partidaria. La vitalización del partido exige una participación efectiva de sus miembros y simpatizantes en la designación de sus autoridades y en la toma de decisiones. Ello se hace posible con la creación de espacios formales e informales de debate y de discusión; por la realización de consultas directas de tipo plebiscitario a los afiliados y simpatizantes sobre cuestiones importantes; por la adopción de prácticas que conduzcan a democratizar y enriquecer la vida partidaria.*

Se trata, en general, de socializar valores, ideas y propuestas en el conjunto del partido, a través de la discusión de los temas políticos, socioeconómicos y culturales, de manera de ir cerrando la brecha entre la dirigencia y la base, entre los intelectuales y técnicos y el soporte social de masas del partido.

Igualmente deberá estructurar órganos partidarios independientes encargados de fiscalizar y de controlar el comportamiento de dirigentes, mandatarios y autoridades, y de velar en general por el acatamiento a la legalidad partidaria y por el respeto a los valores éticos que deben inspirar el quehacer y la conducta de los socialistas.

VII. UNA ECONOMIA CON RIQUEZA PARA TODOS.

Para los socialistas ni la economía produce el orden natural de la sociedad ni el mercado puede ser el principio ordenador de la vida pública. Pero sin un crecimiento sano la democracia peligra y sin el mercado un buen funcionamiento de la economía no es posible.

Crear que el mercado puede resolver todos los problemas económicos y sociales, es tan equivocado como suponer que una planificación centralizada pueda sustituirlo en su función coordinadora de asignación de recursos.

El mercado es históricamente anterior al capitalismo, lo cual es demostrativo que es propio de un funcionamiento normal de la economía en todo tipo de sociedad.

Pensamos que es posible desarrollar mercados que cumplan una función social más adecuada, siempre y cuando se construyan en el marco de una economía con una distribución más igualitaria de la riqueza, con una difusión más amplia de la propiedad, y sin niveles de concentración del poder económico, social y político, que produzcan efectos indeseables para la sociedad. De tal manera, la acción reguladora y correctiva del Estado respecto del mercado, tiene un contenido estratégico para aprovechar sus potencialidades creativas y desplegarlas en beneficio del conjunto de la sociedad.

Si no existen niveles adecuados de competencia en los mercados, la economía pierde eficiencia y la sociedad desaprovecha la posibilidad de alcanzar niveles superiores de desarrollo y, en consecuencia, de bienestar para la gente.

Librado a su propia dinámica, el capitalismo sólo puede resolver sus crisis cíclicas con un elevado costo social, que al recaer sobre los sectores más pobres y marginados de la sociedad, contribuye a acentuar las desigualdades e injusticias existentes.

El Estado, democráticamente legitimado, protector y promotor del desarrollo y la justicia, no es un poder subsidiario en la sociedad, sino un ente que debe desempeñar en ella un papel decisivo y permanente en la promoción de los valores solidarios y humanistas.

Los socialistas proponemos que el Estado avance en las siguientes direcciones:

i. Desarrollar sus funciones de regulación de mercados, para que estas funciones de manera más transparente y simétrica.

ii. Elaborar estrategias de desarrollo para que Chile avance hacia formas superiores en su economía basadas en crecientes inversiones, el desarrollo tecnológico, la equidad social y la sustentabilidad ambiental.

iii. Promover el desarrollo de la sociedad civil, de sus organizaciones de trabajadores, de consumidores, gremiales, vecinales, de jóvenes y mujeres.

iv. Impulsar la descentralización del desarrollo, dando un creciente rol y protagonismo a las regiones y municipios.

v. Modernizar la institucionalidad estatal para articular adecuadamente la representación de Chile en la globalización y los procesos de integración.

Las empresas son espacios en los cuales existen jerarquías, relaciones de comando y planificación, donde normalmente se adoptan formas autoritarias y enajenantes, que en esencia niegan hoy día lo que es una gestión moderna. Pero ellas también pueden adoptar formas integradoras y participativas, basadas en relaciones laborales de cooperación que, respetando los derechos e identidades de los actores

económicos y reconociendo su real aporte al proceso productivo, son la fuente fundamental de la competitividad moderna.

A partir del gobierno democrático del Presidente Aylwin, se han desarrollado esfuerzos para enfrentar los graves problemas sociales heredados del régimen anterior, y la sacralización extrema del mercado.

Las iniciativas en educación, salud y aquellas orientadas a superar la marginación son expresiones importantes de voluntad política para atacar la exclusión y la injusticia social que caracterizaron el modelo económico del régimen militar.

El manejo macroeconómico y sus resultados se han mostrado más exitosos bajo el régimen democrático. Esto demuestra que la democracia genera un comportamiento más positivo de parte de los agentes económicos. Hemos demostrado que es posible conjugar una economía sana con la libre expresión de las aspiraciones de los trabajadores que demandan la restitución de las pérdidas de poder adquisitivo que les impuso la dictadura.

En los años 1990-95 la tasa de crecimiento del producto ha sido superior a todo el período de auge económico de la dictadura, con una sostenida reducción de la inflación. Las exportaciones han crecido sistemáticamente y los flujos de inversiones extranjeras han tenido un notable dinamismo; las tasas de ahorro e inversión se han acercado a los promedios de los países asiáticos de crecimiento dinámico; los flujos de capitales desde Chile a los países vecinos han crecido de forma sorprendente; el desempleo se ha reducido a grados muy inferiores al de los países desarrollados y, en los últimos seis años, se ha producido un crecimiento sólido de los salarios reales.

Sin embargo, estamos convencidos que el modelo económico y su basamento central, la inserción internacional, deben mejorar. En efecto, observamos la existencia de

limitaciones para nuestra oferta en los mercados mundiales, y la presencia de serias debilidades para superar su carácter primario-exportador. La oferta exportadora no incorpora suficiente valor agregado nacional, ni tampoco una gran cantidad de conocimientos; desarrolla encadenamientos aún limitados con el resto de los sectores productivos, y no estimula mejoramientos en la calidad de la fuerza de trabajo. Además, el modelo exportador de Chile, al fundarse preferentemente en recursos naturales, puede enfrentar serios problemas de sustentabilidad en el futuro. Por otra parte, desde el punto de vista de la demanda internacional, nuestras exportaciones no se encuentran en la demanda de las ramas más dinámicas del comercio internacional, con obvias inestabilidades de precios, lo que coloca frenos a las exportaciones y limitaciones potenciales a los ingresos de divisas.

Los socialistas estamos por imprimir un nuevo norte al proceso de modernización económica. Para ello, hay que colocar la fuerza de la inteligencia y del conocimiento en el centro de los procesos productivos, favoreciendo así la competitividad de la inserción exportadora. Ello exige, consecuentemente, un mejoramiento general de la calidad del trabajo y, por tanto, de la capacitación de los trabajadores, así como un acceso democrático al sistema educacional, en todos los niveles.

La superación de las relaciones patriarcales al nivel de la empresa y la participación de los trabajadores en éstas facilitará los aumentos de productividad y potenciará la utilización y adaptación de nuevas tecnologías. Todo esto, en un marco consistente de defensa del medio ambiente y de protección de los recursos naturales. En tales condiciones, la modernización sí podrá beneficiar a todos los chilenos.

VIII. LA SOCIEDAD Y LOS JOVENES.

La globalización, los valores impuestos por el régimen militar y el neoliberalismo, las exigencias del mercado, la inseguridad en el trabajo, así como la inexistencia de una utopía social trascendente ha generado una fuerte introspección de los jóvenes hacia el trabajo y la familia, con predominio de los proyectos individuales.

En el interés de los jóvenes, el mundo social, la vida sindical, las luchas universitarias, las movilizaciones callejeras, la vida partidaria, han sido remplazadas por más televisión, la desafección por la política, y una aspiración de superación individualista y poco solidaria.

El cambio de época, que ha incluido el fracaso de los socialismos reales y el descubrimiento de su naturaleza represiva, le ha dado una percepción a los jóvenes de que ya no existen utopías viables. En cierto sentido, ellos no ven alternativas de un mundo mejor, lo cual es traumático para su sentido natural de cambio y rebeldía.

Los jóvenes se alejan de la política al constatar que los partidos, sin ideologías claras, se encuentran aparentemente interesados sólo en la administración del poder, con indefinidos objetivos de largo plazo y con acciones de corto plazo que no les parecen nobles.

La centralización del poder en los partidos, en torno a un reducido grupo de dirigentes, es rechazado por los jóvenes porque ello se percibe como otra forma de desigualdad de oportunidades que representa, en los hechos, una expropiación del ejercicio pleno de sus derechos ciudadanos.

Aunque el desinterés político de los jóvenes tiene razones y causas poderosas que van más allá de nuestra voluntad, los socialistas debemos apoyar especialmente la rebeldía y demandas de la juventud, estableciendo canales orgánicos para su

participación política y la acentuación de su papel en las estructuras de dirección del Partido Socialista y del conjunto de la sociedad.

IX. PARTICIPACION IGUALITARIA DE LA MUJER.

Los socialistas estamos convencidos que mientras no se alcancen altos niveles de equidad y simetría en las relaciones entre hombres y mujeres, y no se igualen derechos y oportunidades no habrá plena democracia.

Por tanto, consideramos indispensable, avanzar en el reconocimiento del derecho de las mujeres a la plena ciudadanía lo cual, como se expresa en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, significa no sólo tener derechos formales y reconocerlos, sino también el poder para ejercerlos. De allí la necesidad de erradicar los múltiples mecanismos a través de los cuales opera la discriminación, entre los cuales destaca el limitado acceso a cargos de representación popular.

Para los socialistas, constituye tareas prioritarias el promover los plenos derechos sexuales y reproductivos de la mujer, el divorcio vincular, el derecho de igual remuneración por igual trabajo, una inserción laboral no discriminatoria, el fortalecimiento de programas de apoyo a las mujeres jefas de hogar, mujeres indígenas, adultas mayores y adolescentes.

X. LA NECESIDAD DE UN CAMBIO CULTURAL.

El complejo de transformaciones ya señaladas, supone necesariamente un cambio cultural, orientado por valores humanistas, libertarios y solidarios, capaz de contrarrestar los antivalores que brotan en una sociedad en que priman la alienación, el

individualismo, el afán de lucro, el consumismo desenfrenado y el conservadurismo integrista.

La familia, las relaciones de pareja, la afectividad y la sexualidad tienen, en el presente, una influencia central de los cambios culturales ocurridos, así como de las veloces transformaciones económicas y sociales. Desconocer esta realidad y pretender imponer modelos abstractos de conducta o de familia, que no representan la diversidad de situaciones, es discriminar a una importante parte de nuestra población y cerrar los ojos a la realidad. Debemos apoyar, jurídicamente, la libre y responsable opción de los adultos en los ámbitos de su vida privada, cautelando la igualdad de derechos y oportunidades a todos los hombres y mujeres de nuestro país, en especial a los niños y jóvenes.

Asimismo, debe ser preocupación de la sociedad los rebrotes de intolerancia y los dogmatismos fundamentalistas, que tienden a limitar las libertades. No se puede permitir que el poder del dinero determine qué valores, qué ideas, qué información y qué cultura imperan en la sociedad.

La gravitación de los poderes fácticos -sobre todo a través de su control de los medios de comunicación de masas- y sobre los centros de producción científica y cultural, se traduce en que sean en el fondo sus intereses, ligados a la reproducción del orden social vigente, los que pasan a infuir decisivamente en la conformación de la opinión pública, y en las preferencias y valores dominantes de la sociedad. Ello pervierte el funcionamiento de una auténtica democracia.

En consecuencia, la política cultural, impulsada por los socialistas, no puede ser otra que la de asegurar la posibilidad de que se expresen libremente todas las opiniones, que se difundan todas las ideas, todas las manifestaciones creativas, y que todos los

sectores de la sociedad puedan comunicar sus mensajes al conjunto de ella. Los socialistas no estamos por la existencia de una cultura oficial, sino por la creación de condiciones que garanticen efectivamente el acceso, la expresión y la difusión de toda la riqueza creativa de la sociedad.

El próximo siglo será, para los socialistas, un tiempo de defensa radical de la igualdad, la libertad y la justicia.

Santiago, 3, 4 y 5 de Mayo de 1996.